

LA FE Y EL MUNDO

A pesar de ir juntos mano con mano, los malos no quedarán sin castigo y la raza de los justos quedará a salvo (Prov 11,21)

Cuando oímos hablar de los malos, nos inclinamos a pensar que solamente se refieren a aquellos hombres de vida viciosa y conducta sin principios, crueles, taimados, o libertinos. Este juicio es casi universal. Pensamos que el mal en el amplio sentido de la palabra es algo externo y distante de nosotros. Así ocurre con los niños que, cuando oyen hablar de hombres malos y malvados, no conciben que el pecado puede estar realmente cerca de ellos. Se imaginan, con una temerosa curiosidad, algo que ellos no han visto, algo extraño y monstruoso, algo como traído a través de los mares, o producto de otro mundo, a pesar de que, en verdad, el mal, en todas sus peores formas, nace con ellos, vive con ellos, no se subyuga a no ser por un don sobrenatural de Dios, y permanece en ellos aún cuando la gracia de Dios lo cubre.

Y así, cuando crecemos, ya seamos lanzados al mundo o no, comúnmente no entendemos que lo que las Escrituras dicen acerca del pecado, de su odiosidad y su peligro, se aplica a nosotros. El mundo mismo, a pesar de que lo vemos, parece que no es el mundo, es decir, no el mundo del que hablan las Escrituras. No discernimos, no descubrimos el sabor de su perversidad, y por eso sus maneras de proceder nos son agradables, y pensamos que lo que las Escrituras dicen de la iniquidad y de la presencia de la miseria en el mundo no se aplica al mundo que vemos.

Por eso cuando leemos, como en el texto citado, algo relativo al efímero triunfo y al destronamiento del mal, cuando leemos que “a pesar de ir juntos mano con mano, los malos no quedarán sin castigo” se nos presenta la visión de alguna despótica tiranía, o alguna páfida conspiración, o alguna audaz y paladina organización contra la religión, algún acontecimiento de toda una generación o un siglo, pero nada cuya duración sea corta. A esas especies de mal se refiere, sin duda, el escritor sagrado, de modo particular, pero mucho más queda incluido en lo que quiere decir, mucho que es ordinario y que tenemos delante de los ojos.

¿Puede esto ser, en realidad, de otra manera? ¿No es el mundo en sí mismo malo? ¿Es sólo un accidente, una ocasión, un exceso, una crisis, o un conjunto de circunstancias, lo que constituyen su maldad? ¿O más bien, no es uno de nuestros tres grandes enemigos espirituales de todos los tiempos, y bajo todas las circunstancias y cambios, impío, descreído, seductor y anticristiano? Seguramente tenemos que pensar que es así. ¿Por qué, sino, en el Bautismo juramos luchar contra ello? ¿Por qué las Escrituras hablan de esto en los términos que tan bien conocemos, si nos atenemos a su significado? Santiago dice, que “la amistad del mundo es enemistad con Dios” (St 4, 4), y por lo tanto, “cualquiera que sea amigo del mundo es enemigo de Dios”. Y San Pablo habla de “marchar de acuerdo con las cosas de este mundo, de acuerdo con el príncipe del poder del aire, el espíritu que ahora trabaja en los hijos de la desobediencia” (Ef 2, 2), y nos exhorta a no estar “concordes con este mundo”, sino a ser “transformados por medio de la renovación de nuestra mente” (Rom 12, 2), y dice que Cristo “se ofreció por

nuestros pecados, para librarnos del mundo actual y perverso” (Gal 1, 4). Del mismo modo San Juan dice: “No améis al mundo, ni a las cosas que están en él. Si algún hombre ama al mundo, el amor del Padre no está en él” (1 Jn 2,15).

Podemos estar seguros, entonces, que aquél conjunto de males que las Escrituras llaman mundo, esa conspiración contra Dios Todopoderoso, de la cual Satanás es su secreto instigador, es algo más amplio, más sutil y más frecuente, que la mera crueldad, o astucia, o libertinaje: es este mismo mundo en el cual estamos, no cierto grupo o partido de hombres, sino la misma sociedad humana. Esto es lo que constituye nuestro mayor enemigo, y de esto es de lo que habla el texto plenamente, cuando dice que “a pesar de que van juntos mano con mano, los malos serán castigados”. El mundo es poderoso en el presente, pero al final será vencido, y entonces sus distintos miembros “no quedarán sin castigo”, y la “raza de los justos quedará a salvo”

Ahora trataré de explicar lo que se supone quiere decir el texto por “juntos mano con mano”, y del sentido en que se cumple en el curso de los acontecimientos humanos en cada época. Uno de los pecados peculiares y característicos del mundo es que a pesar de que Dios quiere que vivamos para la vida venidera, el mundo nos hace vivir para esta vida. Afirmando que esto es el pecado del mundo: vive para esta vida, no para la futura. Toma como principal meta del esfuerzo humano un fin prohibido por Dios, y en consecuencia todo lo que hace se convierte en mal, porque es dirigido a un fin equivocado.

Esto parece fácil de decir, pero ha de ser constante e invariablemente considerado. Al respecto, las tentaciones del mundo difieren de las tentaciones de la carne. La carne no es racional, no apela a razones, pero el mundo razona. Los movimientos de la carne son tales como San Pablo los describe: discordia, odio, asesinato, adulterio, obscenidad y embriaguez. Orgullo, crueldad, ira, venganza, obstinación, sensualidad, son frutos de la carne. Y son los frutos espontáneos del espíritu no purificado, así como espinas y cardos son los frutos naturales de la tierra. Pero con el mundo ocurre de diferente modo. El mundo comete muchos pecados, pero su pecado característico es atreverse a razonar en contra de la Palabra de Dios y de su mandato. El mundo tiene miras equivocadas ante sí, y actúa hacia esos fines. El mundo va mal por principio, y prefiere su propia manera a la de Dios. Cuando Eva vio que el fruto prohibido era bueno como alimento, fue tentada a través de la carne, y cuando la serpiente le dijo “no morirás”, el demonio empleó la tentación apropiada para el mundo: una falsa razón.

Veréis esto contemplando el mundo y viendo cómo y por qué desobedece a Dios. Dios en las Escrituras dice una cosa; el mundo, dice otra. Dios dice que tenemos que vivir para la vida futura; el mundo dice que para esta vida. ¿Cómo se atreve el mundo a afirmar esto? ¿Cuales son los argumentos que usa? Considerémoslos..

El hombre parece hecho para este mundo. Esto es lo que prevalece en aquellos que niegan el mundo venidero: piensan que tienen razón para concluir, que ven, que este mundo es por lo que deben trabajar, y a lo que deben consagrar sus facultades. Y por lo tanto, insisten en negar que debe vivir para el otro mundo. No es que profesen ir contra la Palabra de Dios, sino que niegan que Dios haya dicho que los hombres tengan que vivir directamente para el otro mundo. Así como los israelitas no abjuraron abiertamente del Dios de Abraham cuando adoraron al becerro de oro, sino que profesaban adorarlo bajo ese símbolo, así los hombres, generalmente, cuando se consagran a este mundo como a su supremo bien, y como a su Dios, niegan que *están* renegando de su Señor y Hacedor, y sostienen que El desea que le adoren por medio y en este mundo.

Ahora bien, estas son la clase de consideraciones que los inducen a pensar que este mundo es todo:

1. Por ejemplo, existen facultades y talentos que parecen darse sólo en este mundo, y que en el otro son imposibles. Considérese la variedad de dones mentales que hay a nuestro alrededor en plena actividad, y veréis lo que quiero decir. Considerad el talento comercial, el talento para las artes útiles, el talento mecánico, o el talento que se precisa para lograr un gran guerrero. Parecen evidentemente hechos para este mundo, y solamente para él. Si tal habilidad no fuera usada cabría preguntar para qué fue dada. Si una persona vive solamente para el otro mundo ¿qué utilidad tendría esa habilidad? Entonces, nuestra meta, dicen, tiene que ser de esta vida, y el fin de nuestra acción debe ser en este mundo, porque nuestros talentos señalan ese camino. Los talentos no son necesarios para la religión, ni como preparación para la vida futura, y ya que se nos dan, son para esta vida.

Así arguyen los hombres. No digo que expongan de palabra todo lo que piensan, pero éste es el argumento que late en sus mentes. Dicen o piensan que si la religión reniega de la sabiduría de este mundo, del poder, el rango social, la fuerza, el conocimiento y la habilidad, lo cual realmente hace, entonces todas estas cosas pueden renegar de la religión, no pertenecen a la religión, no necesitan tener la mira puesta en ella. Ella se deshace de ellos y ellos se deshacen de ella. Entonces dicen que la religión no es para este mundo. Es algo privado de la conciencia de cada hombre, pero no para la sociedad, ni para que actuar en gran escala. Y esto es así tanto porque el hombre tiene facultades que la religión no se digna hacerlas instrumentos suyos, como porque estas facultades no existen más allá de esta vida, y por ello, si deben emplearse debe ser aquí.

2. Otra consideración de la misma especie y que suele influir en hombres de este mundo en la misma dirección, si es que piensan sobre ello, es la existencia de un carácter nacional. Esto les parece una señal providencial de lo que este mundo intenta ser. El carácter de *un individuo* puede ser accidental y puede brotar de su propio capricho o terquedad, pero cuando toda una multitud de individuos es una y la misma, no puede brotar de ellos, sino de su verdadera naturaleza, y debe ser una señal de la voluntad de Dios. Ese carácter, dicen, cualquiera que sea, debe ser agradable a Dios. Ahora bien, una nación es viril, aquella otra es valiente pero cruel, una tercera sagaz, y la cuarta enérgica y trabajadora. Estas son, se arguye, las cualidades para las cuales está destinada esta vida. ¿Dónde hubo alguna vez una nación religiosa? o, al menos, ¿cómo es posible, según la naturaleza de las cosas, que naciones que difieren como lo hacen, y tan completas en sus diferencias, hayan sido pensadas para un solo credo? La religión, entonces, es para el mundo futuro, no para éste.

La energía y la actividad, las empresas, las aventuras, las competencias, y los inventos, la guerra, la política y los negocios, son las cosas de aquí para las cuales los hombres están hechos, no para la fe, el temor, la humillación, la oración, la propia disciplina, la penitencia, la delicadeza de conciencia, o la santidad. Está muy bien si los individuos se sienten llamados de este modo, pero se trata de un asunto privado de ellos, no para ser urgido a los demás. Si consideramos la religión de hombres diferentes, unos desarrollan un conjunto de ideas y otros otro, uno adopta un credo estricto, otro es libre y audaz. Todas las religiones, pues, son materia de opinión porque son cuestión de disposición y hábito.

3. He hablado de naciones, porque el argumento puede ser hecho para ver más ampliamente, ya que los hombres generalmente lo aplican a casos individuales. Van por el mundo y encuentran individuos de este o aquel carácter pero no religiosos, y de aquí

concluyen que la religión es sólo una teoría, porque no aparece en el exterior de la sociedad. Esto es lo que llaman ver la vida y conocer el mundo, y les lleva a despreciar los principios estrictos y la conducta religiosa como intolerancia. Afirman que la religión está muy bien para el hogar, pero que no sirve para el mundo, porque toman a los hombres como hechos, del modo como tomarían la materia del mundo físico, piedras o vegetales, como si fueran lo que son y no pudieran ser de otra manera, y como nadie puede cambiar los elementos sino que tienen que ser tomados como existen y usarlos, de la misma manera piensan que tenemos que tratar con los seres humanos. Y así como a una persona se la llamaría teórica por sustentar ciertas ideas sobre el mundo natural, a las cuales los hechos de ese mundo no responden, así piensan que un hombre es simplemente un soñador por afirmar que los hombres no deben ser lo que son declaradamente, por venir a infundirles una doctrina que está por encima de ellos, negándose a tratarlos tal como los encuentra, y tratando de elevarlos, cambiarlos, convertirlos en lo que no son.

Del mismo modo que pensarían que un hombre está loco si esperara que los ríos dejasen de fluir, o que las montañas le abran paso, piensan que es algo obstinado, impracticable, perverso, y casi locura, oponerse al modo natural del hombre, contrariar sus deseos, condenar sus opiniones, e insistir en someterle a reglas extrañas. Grandes filósofos han dicho que en el caso de la creación material, nosotros dominamos la naturaleza sometiéndonos a ella, y así como esto es verdad de la materia, el mundo lo toma en el mismo sentido acerca de la mente.

4. Otra consideración que el mundo utiliza en su lucha contra la religión, como ya he dicho, es que la religión no es natural. Se objeta (y en realidad no puede negarse, y es casi una perogrullada) que la religión no lleva a la elemental naturaleza existente del hombre a su mayor perfección, sino que la frustra y empeora, dándole una segunda y nueva naturaleza. Se dice con verdad que la religión trata al cuerpo con rigor, y es severa con el alma. ¡Cuán diferente es el mundo, que juzga que el primordial fin de la vida es tratar a nuestra naturaleza inferior indulgentemente, que todos los métodos de vida son rectos si hacen así, y malos si no lo hacen! Por eso los hombres piensan que la riqueza es la medida de todo lo bueno, y el fin de la vida, porque ser rico es vivir fácil y confortablemente para el cuerpo y para el espíritu.

Dicen que todo acto de gobierno que no tienda a lo que ellos consideran como felicidad humana, está mal, que la utilidad y conveniencia, o, en otras palabras, cualquier cosa que tienda a crear riqueza es la única regla para encuadrar las leyes, que lo que tiende a objetivos más elevados no es útil ni conveniente, que objetivos más elevados son meros sueños, y que lo único sustancial, la única sabiduría, es proteger y gozar de esta vida. Y son tan obstinados en este su punto de vista maligno de las cosas, que no dejan que otras personas tengan su propio punto de vista y descansen en él, sino que bregan por hacer a todos los hombres felices, según su criterio. En sus planes de economía social y doméstica, en sus proyectos educativos, en su modo de tratar a los pobres, el único objeto que creen suficiente para la felicidad es que el hombre tenga todo lo necesario para la vida, de acuerdo con su condición.

Por otra parte, piensan que la religión, con todas sus obligaciones, choca con esta vida, y que no es por ello natural. Dar limosna les parece una virtud propia de bárbaros medio civilizados o de una comunidad mal gobernada. Ayunar y hacer vigiliass lo ven pueril y despreciable, pues tales prácticas interfieren con la naturaleza, que nos induce a comer y dormir. Orar es mera indolencia. Es mejor, dicen, poner el hombro a la rueda que gastar tiempo esperando que se mueva. Asimismo, establecer doctrinas particulares

piensan que es innecesario y sin sentido, como si hubiera alguna excelencia o mérito en creer esto mejor que aquello, o creer cualquier cosa.

Estos son algunos de los argumentos en los que el mundo se basa, en defensa de los intereses de esta vida contra aquellos de la vida futura. Se dice que la constitución de nuestro cuerpo y los poderes de nuestra mente tienden hacia un fin más próximo que la vida futura, y que la religión o el pensamiento de un mundo venidero no es natural. Respondo admitiendo que la religión, en este sentido, no es natural, pero sostengo que Cristo vino a traer una naturaleza más elevada a este mundo de los hombres, que esto no puede realizarse sin interferir con la naturaleza que originalmente le pertenece.

Donde el sistema espiritual se oponga al natural, éste debe darle lugar. Dios ha querido bondadosamente llevarnos al cielo, y practicar una vida celestial en la tierra es ciertamente una cosa por encima de lo terrenal. Es como tratar de ejecutar alguna armonía elevada y refinada con un instrumento insignificante. Al intentarlo, ese instrumento se verá forzado más allá de sus poderes y será sacrificado por ideas grandes que están más allá del mismo. Así, en cierto sentido, esta vida, y nuestra naturaleza actual, es sacrificada por el cielo y la nueva creatura, de modo que mientras nuestro hombre exterior perece, nuestro hombre interior se renueva día a día.

Si los hombres van a objetar contra la religión que va contra la naturaleza, entonces, ciertamente debemos hacernos infieles de inmediato, porque ¿puede algo ser tan maravilloso y tremendo más allá de lo natural, tanto de la naturaleza del hombre como de la de Dios, como que el Hijo Eterno de Dios se hiciera carne y naciera de una virgen, sufriera y muriera en la cruz y resucitara? Dejemos, pues, de temer este sarcasmo de que la religión nos lleva a una vida antinatural, viendo que no tiene fuerza, a no ser para persuadirnos de renegar de Nuestro Señor, que por nosotros asumió otra naturaleza que no le era propia, y fue en la economía de la gracia lo que no podía ser por divina generación del Padre.

5. El argumento más fuerte que el mundo usa a su favor es el éxito actual de su experimento al cultivar las facultades del cuerpo y de la mente, porque el éxito parece una nueva señal de la voluntad de Dios, sobre y por encima de las tendencias de la naturaleza. Esto es lo que más influye en los hombres para rechazar las palabras de la Escritura. Todo lo que se use para un fin que no se adecue a esto fallaría, pero cuando la naturaleza humana se usa para este mundo no falla, sino que funciona bien, y por eso parece como si debiera ser usada así. Por ejemplo, decimos que tal animal es obra de Dios. ¿Por qué? Porque sus partes se armonizan y sustentan entre sí. Argüimos esto como una prueba de diseño, de que está hecho por Dios y no por casualidad, de que sus dientes y garras son adecuados a su naturaleza y hábitos, y entre sí.

Ahora bien, la sociedad humana, o este mundo que es nuestro enemigo, parece de igual modo llevar las marcas de un diseño, y por lo tanto, venir de Dios. Penetrad en la heterogénea multitud de los hombres y mirad cómo actúan. Pueden o no tener el temor de Dios ante sus ojos, pero parecen ir igualmente bien de cualquier modo. Cada uno tiene su propia ocupación, su propio lugar, puede ser un hombre irreligioso e inmoral, burlón, codicioso, sin corazón, o puede ser serio y correcto en su conducta, pero ninguna de estas cosas interfiere mucho en un sentido o en otro con el desarrollo de nuestro estado social, con la formación de comunidades, con la provisiones para la mutua protección, con el intercambio de buenos oficios, y con la relación general del hombre con el hombre. La puntualidad, la honestidad, la prontitud en los negocios, la perseverancia, la sobriedad, la amistad, la confianza de unos con otros, la cooperación

firme, son la clase de virtudes que parecen suficientes para conducir el gran imperio del mundo. Lo que es además el carácter de un hombre no parece tener nada que ver.

Cada nación da testimonio a las otras, del norte y del sur, del este y del oeste, qué es lo suficiente y qué se requiere, y el cristianismo no está incluido en la lista de requisitos. El este y el oeste, el norte y el sur tienen diferentes religiones, y aquí no hay acuerdo. La forma de religión puede ser esta o aquella, y el mundo sigue lo mismo, pero el valor de esas cualidades que he nombrado es reconocido en todas partes. Si ellas no constituyen la verdadera excelencia de nuestra naturaleza, se dice que no serían suficientes para vivir. Ninguna parte vital puede faltar en el mundo porque, de hecho, tiene vida.

Me veo obligado a exponer esto de modo abstracto, y no sigo con ejemplos para no llegar a ser familiar. Pero que alguien se entregue al mundo y pase un día en él, que considere el curso de los acontecimientos por los que pasa, tomando sólo una jornada y pasando día y noche entre extraños, o en alguna taberna, y sabrá lo que quiero decir. Entenderá cuál es el argumento que presenta el mismo rostro de la sociedad, es decir, que la religión no es necesaria para este mundo, y que, por tanto, no tiene gran importancia.

Obsérvese lo que ya he dicho, que los hombres del mundo no niegan la existencia y el poder de Dios. No, pero solamente sostienen, no digo en palabras sino implícitamente, que existe un Gobernador Omnipotente a quien están sometidos, pero negando en sus corazones todo lo que se entiende por religión o culto religioso, negando su deber hacia Dios, negando Su existencia personal y su sujeción a El. Así es, y si están obligados en algún momento a reconocer la existencia del deber religioso, dicen entonces para deshacerse del tema, de manera insincera, liviana, cruel, y a veces burlona, que la mejor clase de religión es “cumplir con su deber en este mundo”, que es el verdadero culto a Dios. En otras palabras, que la persecución del dinero, del crédito, del poder, que la gratificación de sí mismo y el culto a sí mismo, es cumplir con su deber.

Esta incredulidad la podéis ver en variedad de formas. Por ejemplo, muchas personas defienden abiertamente el deseo de ascender en el mundo, y hablan elogiando una ambición honorable, como si los premios de este mundo vinieran del cielo, y los peldaños de la escalera de este mundo fueran la escala de los Ángeles que vió Jacob. Otros consideran que su deber yace simplemente en hacer dinero para sus familias. El soldado piensa que luchar por su rey es suficiente religión, y el hombre de estado, aún el más intachable, que servir a su país es su religión. El servicio de Dios como tal, en cuanto distinto del servicio de este mundo, no es reconocido en ningún sentido. La fe, la esperanza, el amor, la devoción, son meros nombres. Algún ídolo visible es tomado como sustituto de Dios.

¿Y será defraudado Dios Todopoderoso en lo que se le debe? ¿Permitirá que la seducción de los sofismas mundanos, contra la cual El mismo nos ha prevenido, nos vaya a excusar ante Su vista el día del Juicio? ¿Será suficiente para absolvemos al pie de Su tribunal de haber rechazado Su Palabra porque hemos confiado en el mundo, y de habernos burlado de la fe por haber vivido de lo que se ve? ¿Compensará el haber negado al Dios y Padre de Nuestro Señor Jesucristo el que hayamos sido panteístas? ¿No es nuestra verdadera vocación de cristianos vivir por la fe? Si no lo hacemos es una fruslería llamarnos cristianos.

El mundo promete que si confiamos en él no podemos ir mal. ¿Por qué? Porque hay tantos hombres en él, que tiene que irles bien. Esto es lo que parece decir con

temeridad: “Dios no puede castigar a tantos”. Así es, lo sabemos, en la ley humana. El magistrado nunca puede castigar un gran número de personas de una comunidad al mismo tiempo. Está obligado a dejar escapar a la multitud de culpables y da ejemplos. Pero esto es lo que no podemos imaginar que hará Dios. No aceptamos la idea de que Dios puede, y ha dicho que lo hará, castigar a mil tan fácilmente como a uno. Lo que profesa el hombre pobre e ignorante que vive irreligiosamente, es lo que todos realmente profesan. Habla francamente cuando es acusado de negar la religión y dice que “es tan bueno como su vecino”. Habla abruptamente, pero no dice sino lo que las multitudes sienten pero no lo dicen. Piensan que este mundo es un mal demasiado grande para que Dios lo castigue, o bien que no es un mal porque precisamente es muy grande. No pueden comprender la idea de que Dios permita que exista un mal tan grande, como sería el mundo si fuera malo, pero como lo permite, entonces no es malo.

En vano la Escritura les asegura que es un mal, aunque Dios lo permita. En vano todo el Salterio, de principio a fin, proclama y protesta que el mundo está contra la verdad, y que los santos deben sufrir. En vano los Apóstoles nos dicen que el mundo yace en la maldad. En vano Cristo mismo declara que ancho es el camino que conduce a la destrucción y muchos son los que lo siguen. En vano los Profetas nos dicen que al final los santos poseerán el Reino, dejando implícito que ahora no lo poseen. En vano está el vasto juicio del Diluvio, en vano la muerte instantánea de los primogénitos de Egipto y de las huestes de Senaquerib.

No, no creeremos. Las palabras del tentador suenan en nuestros oídos: “¡No morirás!”, y arriesgamos nuestros intereses eternos en base a lo que vemos y a la razón, más que a la Palabra de Dios revelada.

¡Cuán miserable será aquél día, en que los huesos de los muertos se levanten de sus tumbas, y los millones de hombres que alguna vez vivieron sean llamados ante el Juez Omnipotente, cuya respiración es un flujo ardiente y cuya voz es como el sonido de muchas aguas! ¡Cuán vano será clamar a las rocas para que caigan sobre nosotros, o tratar de escondernos entre los árboles del jardín, y hacer que el pecado de nuestro hermano cubra el nuestro, cuando estemos en la presencia de Aquel que está en todas partes a un tiempo, y que es completa y totalmente nuestro Dios y Juez, como si no existiera otra criatura más que cada uno de nosotros en todo el mundo!

¿Por qué no aprendemos aquí, lo que allí con certeza descubriremos: que el número no es fuerza? Nunca hubo falacia mayor que suponer que los más son, necesariamente, más fuertes que los pocos. Por el contrario, el poder siempre se concentra en uno en orden a ser poder. Dios es uno. Los paganos rabiaban, la gente se imaginaba que era cosa vana, los reyes de la tierra y los gobernantes unieron sus manos e hicieron consejo, y Cristo era uno. Tal es la regla divina. “Hay un solo Cuerpo y un solo Espíritu”, y “una esperanza”, y “un Señor, una fe, un bautismo, un Dios y un Padre de todos” (Ef 4, 4-5). No, el número de los malvados no hará sino incrementar su miseria y amontonar su cárcel.

Dejemos al mundo como es, múltiple y variado. Dejémoslo que haga lo que le de la gana, y volvámonos al Dios vivo y verdadero que se nos ha revelado a Sí mismo en Cristo Jesús. Estemos seguros que El es más verdadero que todo el mundo, aunque todos sus habitantes clamen contra El a una voz. Y si dudamos dónde está la verdad, recémosle para nos lo revele, para que nos dé humildad y poder buscar lo recto, honestidad para que no tener deseos ocultos, amor para desear la verdad, y fe para poder aceptarla. Entonces cuando llegue el fin, y sean castigadas las multitudes que se unieron en el mal, podamos ser de aquellos que, según las palabras del texto, son “liberados”.

Rechacemos todas las excusas, todas las injusticias e insinceridades, todas las futilidades de nuestra conciencia, todas las decepciones propias, y toda tardanza en arrepentirnos. Llenémonos de un deseo: agradar a Dios. Y si tenemos esto, lo digo con confianza, nunca más seremos defraudados por este mundo, por mucho que vocifere y por muy convincentes que sean sus argumentos como si Dios estuviera con él, porque nosotros “seremos ungidos por el Santo”, y “conoceremos todas las cosas”.